

Que lo arrojen al profundo
Seno de la mar inmensa;
Que tal ataúd, tal fosa
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso
Que enorme el féretro sea?
Porque en él enterrar quiero
Mis amores y mis penas.

EL MAR DEL NORTE

CORONAMIENTO.

¡Canciones! ¡canciones mías!
Alzad y tomad las armas,
Haced sonar las trompetas,
Y sobre el pavés alzada,
Elevad la que hoy ser debe
De mi pecho soberana.
¡Salud á tí, joven reina!
Del claro sol, que derrama
Luz pura, el oro lucente
Robará mi mano avara,
Y formaré una corona
Para tu frente sagrada.
De la seda azul que flota
Del cielo en la extensión vasta,
Un jirón robaré ansioso,
Y regio manto de gala
Formaré en mi desvarío
Para tus reales espaldas.
Coro de hinchados sonetos

Te daré, bella adorada,
 Y de tercetos altivos
 Y de elegantes estancias;
 Serán, niña, tu correo
 Mis incisivas palabras;
 Tu bufón, mi fantasía
 Por tu amor siempre exaltada,
 Y tu heraldo blasonado
 El sarcasmo de mis gracias.
 Yo mismo, hermosa, yo mismo,
 Arrodillado á tus plantas
 Sobre rojos almohadones
 De terciopelos y grana,
 Te haré homenaje del resto
 De razón que me dejara
 La que fué tu antecesora
 En el trono de mi alma.

EL CREPUSCULO.

Me senté de la mar en la ribera,
 Soñador pensativo y solitario.
 El rubio sol al declinar vertía
 Sobre las aguas sus ardientes rayos,
 Y las ondas, rugientes y espumosas,
 En la orilla espiraban murmurando.
 Era un raro conjunto de rumores,
 De cuchicheos lánguidos y extraños,
 De murmullos, de quejas, de silbidos,
 De risas y suspiros, enlazados
 Con los acentos dulces y suaves
 Que hay de la cuna en los amantes cantos.

Oír me parecía las historias
 De las viejas edades que pasaron,
 O los cuentos de hadas que escuchara
 A los niños contar del vecindario,
 Cuando en las noches del ardiente estío,
 El pecho palpitante, reclinados

En las gradas de piedra de la puerta,
 La ansiedad nuestros ojos agrandando,
 Al narrador oíamos con júbilo,
 Y las doncellas núbiles en tanto,
 Sentadas al balcón, sobre nosotros,
 Junto á tiestos de flores, perfumados,
 Parecidas á rosas, sonreían
 De la pálida luna ante los rayos.

LA NOCHE EN LA PLAYA.

No hay en el cielo un astro luciente y encendido
 El mar hierve rugiente, y sobre el mar tendido
 El Bóreas informe, como un viejo gruñón,
 Con voz doliente cuenta fantásticas empresas,
 Hazañas de gigantes, leyendas islandesas,
 Y heroicos combates, tributo á la ambición.

Y á intervalos, con mofa, murmura cadencioso
 Los simbolismos tristes del Edda misterioso,
 Los rúnicos conjuros, que espantan al sonar;
 Con tan burlesca rabia, con tan feroz acento,
 Que de la mar los hijos, se agitan en el viento,
 Y gritos de alegría arrojan al pasar.

En tanto la ancha playa, con avidez creciente
 Un extranjero cruza, en cuyo pecho ardiente,
 Más trémulo que el viento, se agita el corazón;
 Sus huellas resplandecen con luces argentadas,
 Y crujen á su paso las conchas nacaradas
 Que allí llevó el reflujo con rápido turbión.

Un manto gris envuelve su plácida figura,
Y rápido camina entre la sombra oscura,
Entre el helado viento que gime sin cesar;
Guiando su camino los vivos resplandores
Que alumbran con sus trémulos, fantásticos fulgores,
Del pescador la choza que arrulla el ronco mar.

Padre y hermano cruzan la mar tempestuosa,
Y en la cabaña, sola quedó la niña hermosa,
La bella hija inocente del pobre pescador:
Junto al hogar sentada, escucha el ronco acento
De la tormenta lóbrega, el suspirar del viento,
Y de las ondas pérfidas el lánguido rumor.

Y arroja leña al fuego, de cuya ardiente llama
El resplandor que crece, lascivo se derrama
Sobre el semblante fresco y hermoso sin igual,
Sobre la espalda blanca y mórbida y desnuda,
Sobre la mano leve que su jubón anuda,
Sobre la curva fina del torso escultural.

Pero dé pronto se abre la puerta, mal cerrada,
Y avanza el extranjero, fijando su mirada
Sobre la débil niña, que tiembla en su terror
Cual lirio de los valles que el huracán deshoja;
Sonríe dulcemente, la capa al suelo arroja,
Y amante, así le dice con voz llena de amor:

—¿Ves? mi promesa cumplo y vuelvo, hermosa mía,
Y vuelve al fin conmigo la edad de poesía,
En que los dioses mismos su celestial mansión,

Las hijas de los hombres buscando, abandonaban,
Y eternas dinastías en ellas engendraban
De reyes y de atletas del mundo admiración.

Mas deje de espantarte mi estirpe prodigiosa:
De té, caliente taza prepara, niña hermosa.
Sentémonos al fuego; así, juntos los dos.
El frío es horroroso; y cuando reina el frío,
Coger también los dioses podemos, dueño mío,
Catarros inmortales ó inacabable tos.

POSEIDON.

Del claro sol los fuegos juguetean
 Sobre la mar undosa:
 Dibújase á lo lejos en la rada
 La nave, que las ondas
 Cruzando, hasta mi patria ha de llevarme
 Mas yo espero la hora
 En que una brisa favorable sople,
 Y en la playa arenosa
 Sentado estoy, leyendo de Odyseo
 La canción triunfadora;
 Vieja canción, eternamente joven,
 Y en cuyas bellas hojas
 El perfumado aliento de los dioses,
 El cielo de la Grecia soñadora,
 La primavera espléndida del mundo
 Respira mi alma ansiosa.

Mi noble corazón acompañaba
 En sus empresas locas,

En su camino errante, al hijo triste
 De Laertes; con honda
 Tristeza en el espíritu, á su lado,
 Yo me senté en las rocas,
 Y en el hogar hospitalario en donde
 Princesas seductoras
 Rica púrpura hilaban; yo ayudéle
 A urdir las engañosas
 Tramas que del gigante le libraban
 O de la ninfa hermosa:
 Entre tormentas, noches y naufragios
 Iba con él mi mente soñadora,
 Y mi pecho entusiasta compartía
 Del suyo las congojas.

Suspirando exclamé:—«Poséidon fiero,
 Formidable es tu cólera,
 Y temo yo también no ver ya nunca
 Mi patria cariñosa.»—

Apenas estas voces se escaparon
 De mi trémula boca,
 Cubrióse el hondo piélago de espuma,
 Y entre las verdes ondas,
 La cabeza de juncos coronada
 Del Dios potente de la mar traidora
 Apareció, y me dijo, sonriendo
 Con insultante mofa:

—«Nada temas, querido poetilla;
 No desea mi cólera

Romper tu esquite ni turbar tu calma
 Con sacudidas locas.
 ¡Oh! no, inocente rimador; tu musa
 Mis iras no provoca;
 Ni tú jamás de la ciudad sagrada
 De Píramo, una sola
 De las torres rompiste; ni en tu rabia
 La pestaña más corta
 Arrancaste á los ojos de mi hijo
 Polifemo, el gigante de las sombras;
 Ni has jamás recibido los consejos
 De la Atenea Diosa.»—

Poséidon habló así, y alegremente
 Se sumergió en las ondas;
 Y del marino Dios la grosería
 Hizo reír con carcajadas locas
 A Anfítrite, divina pescadera,
 Que del mar ancho entre las linfas mora,
 Mientras las necias hijas de Nereo
 Aplaudían con risas bulliciosas.

EN EL CAMAROTE

DURANTE LA NOCHE.

Tiene el mar perlas, el cielo
 Astros de ardiente fulgor,
 Mi corazón en su anhelo
 Guarda, fuente de consuelo,
 Otro tesoro: su amor.

Grande es el cielo riénte.
 Grande el mar, pero mayor
 Es mi pecho; y más ardiente
 Que perlas y astro lucente,
 En él fulgura mi amor.

Para tí tan sólo, hermosa,
 Es mi corazón entero;
 Cielo, amor y alma dichosa
 En un solo amor sincero
 Funde la vida gozosa.

Yo quisiera á la bóveda azulada
 Donde lucen los astros,
 Un torrente de lágrimas vertiendo,
 En un beso de amor unir mis labios;

Que son los ojos de mi dulce amada
 Esos astros serenos
 Que me saludan dulces y graciosos
 Desde la inmensa bóveda del cielo.

Hacia los ojos de mi amada hermosa,
 Hacia el cielo tranquilo,
 Los flacos brazos suplicante elevo,
 Y enamorado y anhelante digo:

—«Dulces ojos, graciosos resplandores,
 Dad calma á mi angustiado pensamiento;
 Que muera yo, mas que posea al cabo
 Vuestra serena luz y vuestro cielo.»—

Por las ondas inconstantes
 Y por mis sueños mecido,
 En el camarote angosto
 Reposo triste y tranquilo.

Por la lucana entreabierta
 Los astros miró en la altura;
 ¡Dulces ojos de mi amada,
 Hermosa como ninguna!

Aquellos ojos amantes
 Mi loco delirio velan,
 Y en la bóveda azulada
 Luminosos parpádean.

Y hora tras hora dichoso
 Miro la serena altura,
 Hasta que los dulces ojos
 Me roba un jirón de bruma.

En la pared donde apoyo
 Mi cerebro fatigado,
 Chocan las ondas furiosas,
 En mi oído murmurando:
 —¡Pobre loco! son muy cortos
 Tus brazos y está muy alto
 El cielo, donde encendidos
 Y fuertemente clavados
 Están con clavos de oro
 Los resplandecientes astros;
 Mejor harás en dormirte
 Calma á tu ansiedad buscando;
 ¡Que tus súplicas son vanas,
 Y son tus deseos vanos!—

Soñé; era un prado desierto,
 Era un prado solitario,

De blanca nieve cubierto;
Bajo su frío sudario
Dormía insensible y yerto.

Mas lucían en la altura
De la bóveda azulada
Las estrellas con luz pura.
¡Dulces ojos de mi amada
Miraban mi sepultura!

Y aquellos ojos amados
Resplandecían serenos,
Victoriosos, extasiados;
Mas de amor eterno llenos
Y de pasión impregnados.

LA CALMA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Tranquila está la mar; el sol refleja
Sus rayos en las aguas,
Y al cruzar la ondulante superficie
El barco traza surcos de esmeralda.

Junto al timón tendido está el piloto
Roncando levemente;
Bajo el palo mayor, cosiendo velas,
Se sienta el embreado grumete.

Brilla el rubor en su semblante rojo,
Su larga boca tiembla,
Y á todas partes la mirada límpida
De sus hermosos ojos gira inquieta.

Que el capitán ante él se ha detenido
Como un loco jurando,
Le trata de ladrón y dice:—«Infame,
Del tonel un arenque me has robado.»

Tranquila está la mar; un pececillo
 Brilla sobre las ondas,
 Calienta al sol su cabecita de oro,
 Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,
 Rápida sobre el pez cae desde el viento,
 Y en el pico la presa palpitante,
 Alegre se remonta hasta los cielos.

EN EL FONDO DEL MAR.

Apoyado sobre el borde
 Estoy del fuerte navío,
 Y con soñadores ojos
 Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen
 Más y más en el abismo,
 Y la luz veo primero
 De un crepúsculo indeciso.
 Poco á poco van brillando
 Sus colores más distintos,
 Cúpulas y torres surgen,
 Y al fin, del sol ante el brillo,
 Vieja villa neerlandesa
 Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos
 En negras capas, altivos,
 Cadenas de honor al cuello

Y espadas luengas al cinto,
 Por la plaza se pasean
 Ante el vetusto edificio
 De la casa de la villa,
 En cuya pared, en nichos,
 Emperadores de piedra
 Sencillamente esculpidos,
 Empuñando largos cetros
 Y espadas, se alzan tranquilos.

No lejos, ante una fila
 De mansiones cuyos vidrios
 Entre la penumbra lucen
 De piramidales tilos,
 Se pasean las doncellas,
 Cuyos semblantes divinos
 Cual rosas, entre sus tocas
 Negras, aparecen dignos,
 Y cuyos rubios cabellos,
 Alñados con descuido,
 Se arrollan en bucles de oro
 En torno del rostro lindo.
 Turba de hermosos galanes
 A la española vestidos,
 Miradas de amor les lanzan
 Sonrientes y sumisos;
 Matronas con largos velos
 Y con briaes sencillos,
 Sujetando entre sus manos
 Rosarios, cruces y libros,
 Con cortos pasos al templo

Marchan, atento el oído
 Al eco de las campanas,
 Del órgano á los gemidos.

Con estos lejanos ecos
 Siento henchirse de suspiros,
 De tristezas misteriosas,
 De deseos no sentidos
 Mi pecho, apenas curado
 De su dolor infinito.
 Parece que mis heridas,
 Presas de labios queridos,
 Sangran de nuevo vertiendo
 De sangre calientes hilos.
 Rodando las tibias gotas
 Una á una en el tranquilo
 Y verde mar se sumergen
 Buscando un viejo edificio
 Que su alta fachada eleva
 En el pueblo submarino,
 Que solitario parece,
 Y desierto y sin ruido,
 Y en el cual de un balcón bajo
 Sentada junto á los vidrios,
 Apoya una niña hermosa
 Su frente en su brazo nítido.
 —«Te conozco, niña hermosa;
 Yo te conozco, bien mío:
 En el fondo de los mares
 Por huir de mi cariño
 Te escondió tu fantasía,

Ascender ya no has podido,
 Y extranjera entre extranjeros
 Vives hace más de un siglo,
 Mientras que yo, traspasado
 Por la pena, el pecho herido,
 Anhelante por la tierra
 Te buscaba, ¡ídolo mío!
 A tí, ¡luz de mis amores!
 A tí, ¡mi eterno cariño!
 A quien por último encuentro
 En mi desierto camino;
 Te encuentro, y tu dulce rostro
 Otra vez dichoso miro,
 Y otra vez tus ojos veo
 Luminosos y tranquilos,
 Y en tus labios la sonrisa
 Feliz otra vez diviso.
 Ya jamás he de dejarte,
 A tí me impulsa el destino,
 Y sobre tu amante pecho
 Gozoso me precipito.»—

Pero el capitán á tiempo
 Me agarró por los tobillos,
 Y en la cubierta arrojándome,
 Con áspera voz me dijo:
 —«Doctor, ¿estáis por ventura
 Del demonio poseído?»—

PURIFICACIÓN.

«Queda bajo las aguas,
 Queda por siempre allí, sueño implacable
 Que mi pecho otras noches
 Con tus dichas fingidas flagelaste,
 Y aun hoy, marino espectro,
 Vienes en pleno día á atormentarme.
 Queda bajo las ondas,
 Yo te arrojo con todos mis pesares,
 Y el gorro de Locura
 Que bordan cascabeles resonantes
 Que yo oí tantas veces
 En torno de mis sienes agitarse,
 Y el frío disimulo,
 Esa de áspid horrible piel suave
 Que envolvió tanto tiempo
 Entre sus pliegues mi alma delirante,
 Mi alma maldita, mi alma
 Blasfema del Señor y de los ángeles.»

—«¡El viento, tended velas!»—
 Ante su soplo ya se hinchan flotantes,
 Sobre el traidor espejo
 De las aguas deslízase la nave,
 Y el alma redimida
 En gritos de alegría se deshace.

LA PAZ.

Cercado de nubes blancas
 El sol en el cenit bri'la,
 Y yo recostado en tanto
 Contemplo la mar tranquila.
 Cerca estoy del gobernalle;
 Mi mente loca, delira,
 Y entre mis sueños confusos
 Y mis confusas yigilias,
 De Jesucristo la imagen
 Aparece ante mi vista.
 De blanca y flotante tela
 La imagen veo vestida:
 Es grande como un gigante,
 Y silencioso camina
 Sobre la fecunda tierra
 Y sobre la mar tranquila;
 Toca su cabeza al cielo;
 Con sus manos extendidas
 Bendice tierras y mares,

Y cual corazón que brilla,
 Dentro de su pecho lleva
 El sol, que al mundo ilumina;
 Y este corazón ardiente,
 Hogar de amor y de vida,
 Derrama de sus fulgores
 La luz brillante y purísima
 Sobre la fecunda tierra
 Y sobre la mar tranquila.

Ecós hacia todos lados
 De campanas que repican,
 Atraen con su voz alegre
 Y sonora nuestra quilla,
 Que llega á una verde costa
 Solitaria y escondida,
 Donde los humanos viven
 En una ciudad magnífica.

¡De la paz milagro! ¡Cómo
 La ciudad duerme tranquila!
 El rumor de los oficios,
 La charla descomedida
 De los negocios humanos
 En el espacio no vibran;
 Todo es quietud, y en las calles
 Luminosas y sencillas,
 Hombres vestidos de blanco
 Llevando palmas caminan;
 Y á tiempo que dos de ellos
 En su marcha se divisan,

Con aire de inteligencia
 Se contemplan y se miran,
 Y de amor en un exceso,
 En un trasporte de dicha
 Se abrazan, y al claro cielo
 Alzan la mirada límpida,
 Hacia el corazón ardiente,
 Del Salvador, que los mira:
 Corazón que es el sol claro,
 Que vierte con alegría
 La deslumbrante y preciada
 Púrpura de su purísima
 Reconciliadora sangre
 Sobre la tierra dorada,
 Y por tres veces exclaman
 En un trasporte de dicha:
 —«¡Bendito seas, oh Cristo,
 Sea tu piedad bendita!»